

# UNA CERAMISTA FEMINISTA

LA ARTISTA TERESA CARVALLO REY, CON RELIEVES DE CERÁMICA Y DELICADAS ESCULTURAS CUENTA LA VIDA DE LAS MUJERES Y CUESTIONA CON IRONÍA LOS ROLES QUE LA SOCIEDAD IMPONE.



Texto: Caterina Vella  
Foto retrato: Aïssa Puelles Vella



**E**s alta y ahorada. Tiene piernas espectaculares y lo sabe. Vive feliz en el Casabarco (Punta Hermosa), un hotel que ha ido construyendo con su esposo, el sociólogo Filix Portocarrero. Allí tiene su taller de cerámica, donde hace los relieves cerámicos y pequeñas esculturas de mujeres que caracterizan su obra. "Soy exitosa porque siempre he hecho lo que me ha dado la gana", dice enfáticamente entornando sus largas pestañas cubiertas de rímel.

En tercero de media, en el colegio Belén, conoció a la escritora y activista francesa Simone de Beauvoir, gracias a las novelas que le daba para que lea metódicamente su hermano Constantino Carvallo. "Cuando llegué a Simone me quedé impresionada de que hubiera alguien que escribiera sobre lo que yo sentía. Ganas de tener sexo sin casarme, usar a los hombres de manera natural; siempre he sentido eso", confiesa sin tapujos a sus 66 gozosos años.

Mientras las mujeres de su generación aspiraban a casarse, Teresa quería viajar. En 1978, a los 24 años, dejó la universidad de San Marcos, donde estudiaba historia, y partió a Europa. Quería vivir su vida, tener amantes, disfrutar su sexualidad. "Salir de tu casa para vivir sola era un escándalo en esa época. La gran amenaza era



que los hombres no se iban a querer casar contigo; ese era el temor que debías tener, como si fuera la única aspiración de tu vida".

La pasó genial en París. "En el Perú te consideraban una puta si te gustaba el sexo. En Francia, los hombres y las mujeres son iguales; los dos tienen ganas de tener sexo, satisfacerse y seguir siendo amigos". En un regreso, de visita a la familia, conoció a Filix Portocarrero y se enamoraron. Volvió al Perú para vivir con él, sus dos hijos de 7 y 13 años, el papá de vecino pendiente y un hermano que caía siempre. Después de tener una vida aventurera y libre terminó de ama de casa limpiando y cocinando para un batallón. "Está bien un rato, pero cuando vives en un mundo de hombres te quieren exprimir hasta el final. Me gusta cocinar, pero solamente eso; no, pues".



## El descubrimiento de la cerámica

Su hermano Fernando Carvallo, quien también vivía en Francia, llegó un día y la hizo reaccionar: ¡Basta ya! Consiguió ayuda doméstica y se inscribió en el taller de Malena Amézaga. Hizo un curso de cerámica utilitaria, pero inmediatamente sintió que eso no era lo que quería. "En las revistas encontraba cuerpos femeninos; eso era lo que me provocaba hacer".

**Cleopatra relajada en su tina** fue su primera escultura. "¡Quedó linda! Tenía la ingenuidad de quien no sabe manejar las proporciones, pero con expresión". Sus amigas la visitaban para conversar y ella les hacía esculturas que tuvieran el significado de lo que le habían confiado. Así empezó a contar historias de mujeres.

Tiempo después descubrió en los relieves cerámicos la posibilidad de narrar con humor e ironía lo que quería: retratos de situaciones y conductas, peripecias de la vida conyugal, decepciones sexuales e incluso temas tabú como la masturbación y el orgasmo femenino en una época en que las mujeres se casaban vírgenes. "Si el hombre no funcionaba, se quedaban mudas para que no las consideraran agresivas". Un cuadro suyo convertido en clásico es el de una pareja en la cama en la que ella pregunta: "¿Eso es todo?", mientras el hombre maldice a su lado. "A algunos machos les jodió. Ahora todo es más abierto; pero ¿cuántos años han pasado las mujeres en silencio?", pregunta. Teresa trabaja en su taller con Miguel

Carballido, quien la ayuda amasando la arcilla, aplanando con rodillo las planchas de barro, dibujando detalles, haciendo cortes tipo mosaico y numerándolos para después meterlos al horno evitando que se rompan con las altas temperaturas necesarias para su cocción y posterior esmaltado. Las ideas son de Teresa, pero Miguel se ha ido "feminizando".



Algo característico de las creaciones de esta sarcástica artista es que casi no aparecen hombres, y si los hay, están de apoyo o de adorno. "No tienen la importancia que tienen las mujeres ahora. Se están convirtiendo en algo decorativo; han perdido. Las mujeres son un mundo de emociones, de ideas. Los hombres las pueden tener, pero no las expresan. En mis próximas obras creo que van a desaparecer. No me parecen interesantes, no me identifico con sus sentimientos; además, me salen tiesos. Me identifico con las mujeres, soy feminista", enfatiza esta mujer de avanzada que se atrevió a desafiar el qué dirán tan limeño y asumir riesgos para ser libre, auténtica, aventurera, feliz haciendo y diciendo siempre lo que le da la gana.

